

La posmodernidad y su reflejo en las artes plásticas

Postmodernity and Its influence on Visual Arts

ROXANA POPELKA SOSA SÁNCHEZ

Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias de la Información.
rpsosa@ccinf.ucm.es

Recibido: 15 de Septiembre de 2008

Aprobado: 2 de Noviembre de 2008

Resumen:

Producto de los cambios sociales y económicos experimentados como consecuencia del surgimiento de la sociedad posmoderna, y conscientes del nuevo espacio social que se ha configurado como resultado, el objetivo de este texto es analizar los antecedentes inmediatos de la sociedad postindustrial para pasar, posteriormente, a contextualizar dichas transformaciones en un ámbito puntual: el artístico.

Palabras clave: Posmodernidad, arte, espacio social, industrialización, orden social.

Popelka, R. 2009: La posmodernidad y su reflejo en las artes plásticas. *Arte Individuo y Sociedad*, 21: 89-98

Abstract:

Product of the social and economic changes experienced as consequence of the emergente of the postmodern society, and conscious of the new social space that has been forme like prove, the aim of this text is to analyze the immediate precedents of the postindustrial society to spend later to contextualize the above mentioned transformations in a puctual area: the artistic one.

Key Words: Postmodern era, art, social space, industrialization, social order.

Popelka, R. 2009 Postmodernity and its influence on Visual Arts. *Arte, Individuo y Sociedad*, 21: 89-98

Sumario:

- 1.- Un nuevo espacio social
- 2.- Antecedentes de la sociedad postindustrial
- 3.- La sociedad posmoderna
 - 3.1.- Los filósofos de la posmodernidad
 - 3.2.- El concepto de posmodernidad en otras disciplinas
 - 3.3.- La posmodernidad en las artes plásticas

1. Un nuevo espacio social.

En nuestra sociedad de cambio de siglo, asistimos a la redefinición de un nuevo espacio social que resulta de un cúmulo de múltiples transformaciones originadas en el orden social, político, económico, etc., y cuyo referente más inmediato se halla en las revueltas contraculturales de los años 60, en el fin de la guerra fría y los recientes avances de las redes telemáticas. Este nuevo espacio social emergente viene definido, entre otros aspectos, por la aparición de nuevos agentes sociales y culturales (feminismo, ecologismo, presencia de minorías, etc.), por el declive social y geopolítico de las grandes ideologías utópicas, por la hegemonía del sistema capitalista como motor de la globalización económica, y por el retorno de los nacionalismos y la universalización de la información. De este modo comprobamos cómo el propio dinamismo de la nueva sociedad que se origina es el que va transformando y desplazando el clásico orden social y económico, donde las tradiciones vinculantes del pasado pierden su fuerza en la determinación de roles sociales y de la conducta e identidad individual. La incertidumbre se instala en la nueva sociedad, y se convierte en una especie de vivencia básica y cotidiana. El resultado es una imagen fragmentada en una sociedad desestructurada.

En este sentido U. Beck, define la nueva sociedad como: “sociedad del riesgo”(Beck, 1997a), concepto con el que se designa una fase de desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales, tienden, cada vez más, a escapar a las instituciones de control y protección de la sociedad industrial. Asimismo este autor señala, como uno de los aspectos básicos de esta transformación actual de la sociedad, el hecho de que las fuentes de significado colectivo y específicos de grupo (por ejemplo la fe en el progreso o la conciencia de clase), propias de la cultura de la sociedad industrial, están sufriendo una quiebra y un desencanto.

¿Qué sucede con el individuo? El resultado de la desestructuración de la sociedad civil también se vislumbra en el individuo, y la consecuencia no es otra que la ruptura, la pérdida de límites y significados de la persona y, sobre todo, la falta de capacidad del sujeto para estructurarse. Muy apropiadamente Beck expresa: “incluso el yo ha dejado de ser el yo inequívoco fragmentándose en discursos contradictorios del yo” (Beck, 1997b).

En esta misma línea (Jameson ,1991) señala que así como la angustia y la histeria eran características de la sociedad moderna, las patologías de lo esquizo son propias del posmodernismo. Este autor hace referencia a la ruptura, fragmentación y pérdida de límites y significados dentro de la producción cultural de la sociedad actual.

2. Antecedentes de la sociedad postindustrial.

La descripción de algunos rasgos distintivos de la sociedad que se estaba gestando con la industrialización, permite comprender los cambios que tendrán lugar en la posmodernidad y que actúan como antecedentes inmediatos de la misma.

La denominada sociedad industrial moderna se sitúa en el contexto específico de Occidente. Se caracteriza por una época de grandes transformaciones en todos los órdenes de la vida, pero, fundamentalmente, supone un cambio social. El periodo histórico de paso de sociedad estamental a la sociedad industrial supone uno de los momentos de mayor cambio en la historia de la humanidad. La disolución de los sistemas sociales de relación directa -la familia, la aldea, el gremio- se quiebra y millones de hombres y mujeres quedan situados ante nuevas formas de experiencia social. El ser humano, de este modo, quedará arrojado a una especie de “vacío social”.

En este sentido una serie de dimensiones básicas van a confluir en esta época. Por una parte tiene lugar un aumento de la población, y, junto a éste, un creciente proceso de urbanización dando lugar a continuos desplazamientos de la población. Surgirán nuevas clases sociales como consecuencia de la nueva configuración del orden económico en el que la fábrica sustituye al taller gremial. Por otra parte las transformaciones industriales se dan auspiciadas por una constante innovación tecnológica, fruto de los nuevos avances científicos. Todo esto tiene como corolario un proceso creciente de especialización laboral y progresiva división del trabajo. ¿Qué supone por tanto la sociedad industrial? La emergencia de dicha sociedad supondrá, por un lado, un proceso de industrialización, donde la implantación de la fábrica y la máquina pasa a convertirse en el modelo hegemónico. Las fábricas, de este modo, desplazarán a los viejos sistemas gremiales de producción. Por otro lado, la creciente división del trabajo, como resultado de la implantación del sistema de producción industrial, acabará traducéndose (Friedmann, 1958) en un “desmenuzamiento del trabajo”. De esta manera las tareas se hicieron impersonales y los vínculos del trabajo quedaron regidos por las frías leyes del mercado donde la única unión real es la proporcionada por el vínculo del salario. Al mismo tiempo se hizo más patente la segmentación entre trabajo y vida.

En relación con este último aspecto, y que comporta gran interés para el tema que nos ocupa, la industrialización también supuso la implantación de nuevos valores sociales y económicos y nuevas pautas de conducta. Así, las ideas de racionalidad, cálculo, previsión, rentabilidad, inversión, etc. pasarán a ser valores que influirán decisivamente en los comportamientos de los ciudadanos de las sociedades industriales.

Paralelamente tiene lugar el ascenso de una nueva clase social, la burguesía, que se convertirá en la protagonista del nuevo orden social y, de hecho, uno de los rasgos distintivos de esta época será el enfrentamiento de las dos clases sociales surgidas de la industrialización, a saber, la clase burguesa y la clase trabajadora. Una vez esbozados estos factores que hicieron posible el tránsito hacia el entorno industrial, nos interesa ahondar sobre cuál fue el impacto de estos cambios en los propios individuos.

Después de un período de exaltación optimista, se pudo comprobar cómo el sistema industrial también generaba nuevas contradicciones y conflictos específicos. De acuerdo con (Watson ,1980), podemos resumir las principales contradicciones específicas, como consecuencia del desarrollo industrial, en los siguientes grandes bloques:

- Aquellas que surgen como resultado de la instalación de gran cantidad de trabajadores en un mismo lugar de trabajo, con unas mismas condiciones e intereses, lo que crea las

circunstancias apropiadas para el desarrollo del sindicalismo.

- La acumulación de demandas crecientes de libertad política y mayor participación democrática surgidas como consecuencia de la extensión de los principios liberales.
- Las consecuencias de la división del trabajo, que si bien produce una mayor eficacia en la producción, al mismo tiempo tiende a generar monotonía en el trabajo, alienación, falta de estímulos y de motivación, etc.
- Los riesgos de anomia y de relaciones sociales impersonales y poco satisfactorias, surgidas como consecuencia de la sustitución de los viejos valores tradicionales por los principios de individualismo, cálculo, interés, aspiraciones de éxito, etc.
- Las cuestiones relacionadas con los límites del crecimiento y con sus consecuencias, no sólo en sus aspectos físicos, sino también en sus aspectos sociales (problemática real de la desigualdad), etc.

Como ha recordado (Dahrendorf ,1965), ya en los años veinte y treinta del siglo XIX hallaron expresión en la literatura de la economía política y de la política social los primeros signos de cierto escepticismo a propósito de los efectos sociales de la forma industrial de producción. Sin olvidar el movimiento ludita de esas mismas décadas, en el que los trabajadores ingleses de la industria textil se enfrentaron con el ejército en su intento de “detener el futuro”, de poner freno a la creciente maquinización y deshumanización de la producción textil en Inglaterra.

3. La sociedad posmoderna.

Dentro del pensamiento Occidental contemporáneo, destacan un grupo de filósofos que son considerados como los analistas de la posmodernidad. Antes de mencionar sus aportaciones consideremos brevemente qué supone la posmodernidad y, por extensión, a qué denominamos sociedad posmoderna.

La posmodernidad constituye un nuevo momento histórico caracterizado por lo heterogéneo y lo diferente, donde tanto el arte como el pensamiento comparten un carácter anticipatorio, por eso la posmodernidad significará el fin de la modernidad, el declive de la herencia venida de la Ilustración, y la emergencia de una época que los historiadores sitúan en los años veinte del siglo XX, y que en España, debido a su peculiar historia política, no se manifiesta con claridad hasta los años ochenta.

Uno de los aspectos que marcan la diferencia entre ambas épocas, la moderna y la llamada posmoderna, es que la sociedad se ha convertido en poscapitalista y, así, el enfrentamiento clásico entre propietario y proletario se sustituye por una oposición que enfrenta a una mayoría dominante frente a un conjunto de minorías: mujeres, niños, minorías étnicas, pobres, desempleados... Este conjunto de elementos, escasamente presentes hasta la segunda mitad del siglo XX, esbozan una nueva sociedad con unas características concretas.

Esta época se presenta como la de la industria cultural y del ocio (no en vano no dejan de construirse megaparcos comerciales a las afueras de las ciudades donde pasar el fin de semana), o la también calificada sociedad del espectáculo. El saber se ha convertido en la principal fuerza

de producción. Así, quienes antes pujaban por dominar materias primas ahora luchan por dominar la información y, de este modo, el acceso a la fuente del poder está en el dominio de los medios de comunicación o redes telemáticas. Las redes telemáticas son (Echeverría, 1999a), ante todo, medios de interacción humana y no simplemente medios de comunicación o de información.

Paralelamente y, como consecuencia de la implantación masiva de las tecnologías de la información, se crea un nuevo espacio social que permite hablar de un cambio de la vida social en todos sus aspectos, tanto en la economía, la comunicación, la memoria y la identidad personal. Este espacio social reviste un interés en cuanto a que el individuo se ha de adaptar a unos escenarios que serán relevantes para la constitución de su identidad.

Una novedad que aporta este espacio social es su “globalidad”, concepto difundido en los medios de comunicación, y cuyo antecedente se sitúa en la metáfora (Marschall McLuhan, 1998) de “aldea global”, que se refiere al fin de lo nacional o local en detrimento de lo transnacional, cuyo motor por excelencia es el capitalismo a escala planetaria. Este capitalismo, o poscapitalismo multinacional, se caracteriza por el hecho de que tanto la producción, el intercambio, el comercio y el consumo de formas simbólicas son expresión y objetivo fundamental de la actividad económica.

Este espacio social propicia la incomunicación, donde el individuo vive dividido por los procesos económicos y tecnológicos, y donde las transformaciones socioculturales tienen lugar simultáneamente a nivel local y global en un mundo interconectado.

3.1. Los filósofos de la posmodernidad.

Uno de los principales autores que abre el debate en torno a la posmodernidad es, sin duda, Jean François Lyotard, quien origina la discusión filosófica sobre la posmodernidad en un informe donde expone los cambios que sufrirá el saber en las sociedades postindustriales muy desarrolladas. De este informe extraerá una serie de conclusiones que fundamentalmente se referirán a los cambios que sufrirá el saber en una sociedad desarrollada, y a las consecuencias que de ello se derivarán, no sólo para la adquisición de los conocimientos, sino también para la naturaleza del mismo conocimiento. Esto significa que el saber de la posmodernidad no está subordinado a la formación, ya que para el autor el saber se convierte en la principal fuerza de producción y este último aspecto es el que precisamente cobra relevancia en su informe sobre la posmodernidad.

Un aspecto relevante y que marca la diferencia respecto a la modernidad, es que si en épocas pasadas la investigación tenía un fundamento filosófico que servía de legitimación al saber (Lyotard, 1987), con la posmodernidad se da una multiplicidad de saberes y de lenguajes diferentes que no se pueden legitimar desde un metalenguaje. El gran relato ha perdido su credibilidad sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado, los sistemas de unidad no tienen cabida en la cultura de la posmodernidad. De este modo se inaugura la fragmentación de los discursos.

Por otra parte Lyotard critica el uso de la tecnología para un nuevo proceso de uniformidad. La sustitución de una visión unitaria o totalizante por un criterio uniforme, según el autor, no remedia los defectos de aquellos modos de legitimación. La autora Tros de Ilarduya expresa en este sentido:

“De la mano de Lyotard, la posmodernidad se instala en una nueva estética de lo ‘sublime’ en la que destaca un denodado esfuerzo por unificar, en sus variadas maneras de expresión, los elementos cognitivos, éticos, políticos y estéticos de su discurso. Esta nueva estética instaura una preocupación inexistente hasta su llegada, se trata de investigar acerca del modo práctico sobre cómo expresar lo absoluto por medio de las artes una vez que éstas se han liberado de la histórica dictadura de la limitación de la forma” (Tros de Ilarduya, 2000).

Otro filósofo relevante y precursor de la posmodernidad es sin duda Gianni Vattimo, y el pensamiento que le caracteriza será “el pensamiento débil” o también denominado “ontología débil”. Los rasgos más distintivos de este pensamiento se resumen básicamente en los aspectos siguientes. El pensamiento débil valora los procedimientos, las apariencias y formas simbólicas, y sigue la línea hermenéutica para encontrar no un ser originario, sino un ser débil, como huella y recuerdo. El pensamiento débil se caracteriza también por la falta de fundamento. Esta ausencia de fundamento distingue a la posmodernidad en general.

Vattimo nos habla de una nueva ontología, la ontología del declinar, que alude a una concepción del ser que se modela, no sobre la objetividad inmóvil de los objetos de la ciencia, sino sobre la vida. De este modo, el pensamiento débil se diferencia del carácter objetivo, substancialista, del pensamiento de evidencias, valores y plenitudes de las ciencias y de la metafísica de cualquier tipo: platónica, moderna, idealista, positivista o marxista. En todas ellas se da un pensamiento fuerte. Esta ontología sería más adecuada para pensar la realidad en el mundo actual.

Una de las particularidades del pensamiento actual es que posee un carácter anticipatorio y se enfrenta, no sin espíritu crítico, a las cuestiones que el pensamiento ilustrado, propio de la modernidad, no ha sabido resolver. Pero, a diferencia de etapas anteriores, ahora las transformaciones no siguen una temporalidad lineal, sino que se producen yuxtaposiciones que se evidencian, sobre todo, en el pensamiento.

Otro de los aspectos distintivos del pensamiento posmoderno es crear una conciencia crítica del momento, elaborar proyectos, nunca planes. Ésta es una de sus principales características. Tros de Ilarduya lo resume de este modo:

“El pensamiento posmoderno propone alternativas como construir un puzzle global, cuyas piezas sean el conjunto de fragmentos recogidos de las diferentes culturas del universo, que se aleje de la teoría de sistemas y procure un sistema abierto y discontinuo. Con ello busca hacer desaparecer el horror de lo totalizante para centrarse en el conjunto compuesto por individualidades y tener muy presente las desigualdades, las discriminaciones de orden político, moral, cultural y económicos en sus objetivos críticos. El pensamiento propio de la segunda mitad del siglo XX no

cree en la Revolución pero sí en las pequeñas revueltas que irán fragmentariamente transformando la sociedad” (Tros de Ildadura, 2000).

3.2. El concepto de posmodernidad en otras disciplinas.

El término posmodernidad no se reduce a las ciencias sociales sino que se generaliza y extiende a otras disciplinas. Uno de los ámbitos donde más se utiliza es en el del panorama artístico actual. De hecho, el pensamiento propio de la segunda mitad del siglo XX suele considerar el mejor instrumento combativo para sus fines a los nuevos modos de expresión artística que reflejan e inducen la reflexión sobre estas cuestiones.

“Si bien el arte mantiene su misma esencia, las características propias del momento le han exigido unos nuevos modos, unos nuevos valores e incluso unos nuevas técnicas y soportes” (Tros de Ildadura, 2000).

Numerosas obras artísticas, sobre todo a partir de los años 80, y especialmente en los 90, abandonan los medios tradicionales de representación y hacen uso de la tecnología para hablarnos de una nueva construcción del cuerpo, de la identidad y del sujeto.

El arte, al ser un vivo reflejo de su tiempo, ha interiorizado el discurso de la globalidad y del multiculturalismo. Por ello, desde los años sesenta se puede afirmar con pleno sentido que el arte contemporáneo posee la condición de internacional. El vínculo entre lo contemporáneo y lo internacional constituye una de las mayores apuestas del arte actual.

La realidad plástica se distingue, entre otros aspectos, por una variedad de propuestas que enriquecen con su heterogeneidad el panorama artístico actual. Las fronteras rotas entre géneros artísticos y la creatividad sin cánones es resultado y a su vez reflejo de una multiplicidad de tendencias existente en la sociedad de cambio de siglo.

Otra disciplina que plantea en sus formulaciones el tema de la posmodernidad es la arquitectura. Se reconoce que Robert Venturi redactó los primeros libros sobre dicha temática *Complejidad y contradicción en la arquitectura*, y *Aprendiendo de Las Vegas*, donde se revisaban los fundamentos del movimiento moderno. Paralelamente, Aldo Rossi escribía *La arquitectura de la ciudad*, que completaba el cuadro de la crítica Occidental a un lado y otro del Atlántico

Desde el arquitecto Philip Johnson, pasando por Rafael Moneo con el edificio Kursaal de San Sebastián “despiezándose”, hasta Frank O. Gehry con el Guggenheim de Bilbao, los arquitectos han construido edificios acordes con el pensamiento de la posmodernidad. No es extraño, pues, que las tendencias predominantes en la arquitectura sean la fragmentación y el minimalismo.

Los espacios cívicos, y la planificación de las ciudades también se ven afectadas por la era postindustrial y su proceso de desestructuración, que obliga a una reinención de éstas últimas si quieren permanecer. Cambios económicos y, sobre todo, el mestizaje y las comunicaciones están también contribuyendo a cambiar en el entorno urbano nuestra forma de vivir y de trabajar.

3.3. la posmodernidad en las artes plásticas.

La transformación que genera el cambio de una sociedad industrial a otra posmoderna es una transformación que se produce dentro de un orden político y económico intacto, y que abre vías a una modernidad distinta. En el apartado socioeconómico, la novedad, en este cambio, estriba en que éste no es un periodo de crisis y/o de convulsiones sociales, semejante al acaecido en épocas anteriores, y que abrieron paso a nuevas formas sociopolíticas, sino que ahora lo que se produce es el triunfo y la extensión del modelo socioeconómico del capitalismo, donde la sociedad se ha convertido en poscapitalista. Así, el pensamiento Occidental actual se complementa sin dificultad con el más agresivo neoliberalismo economicista.

El poscapitalismo, que supone el motor de la época, genera una nueva estructura social, y que ofrece posibilidades (Echeverría, 1999b), para el despliegue de múltiples formas culturales, religiosas, etc. Este nuevo espacio cambia la vida social en todos sus aspectos, en el terreno cultural, económico, en la comunicación, y especialmente en la identidad personal. El resultado de esta desestructuración en los niveles socioeconómicos y políticos, no es otro que la fragmentación del individuo, ya que la noción misma de identidad ha cambiado, haciendo que vivamos en una pluralidad de identidades donde las tradiciones vinculantes del pasado han perdido su fuerza en la determinación de roles sociales y de la conducta individual.

Esta visión de la realidad social, tiene reflejo en un ámbito puntual de la cultura de nuestra sociedad, que no es otro que el de la plástica actual.

Los y las artistas de ese periodo van a captar la esencia del individuo propio de la posmodernidad, y esa realidad múltiple se verá reflejada en un considerable número de obras plásticas. Para ello utilizarán distintos códigos expresivos, diversos materiales y soportes, así como numerosos medios técnicos tales como el vídeo, la fotografía, las instalaciones, los ordenadores, etc. Abandonan, en definitiva, los medios tradicionales de representación. En estas obras, como señala Méndez:

“Hay múltiples referencias implícitas a las ciencias tanto médicas como sociales o humanas. Todo parece indicar que las fronteras entre las diferentes disciplinas de las bellas artes se han roto definitivamente (...) y que esa ruptura ha hecho posible la emergencia de complejas formas de expresión artística en las que el cuerpo humano como metáfora de la sociedad ocupa un lugar privilegiado. Los códigos visuales utilizados en su trabajo por algunos y algunas artistas son innovadores y mediante ellos se posicionan críticamente a los estereotipos y valores dominantes a través de los cuales se construye como posible una única realidad” (Méndez, 2004).

En este sentido es posible comprobar cómo buena parte de las obras que recogen interés por reflejar lo fragmentario, junto con la preocupación sobre la identidad (sexual, de género, étnica, etc.), se aprecian particularmente en las obras de algunas mujeres artistas. Esta cualidad es visible en la década de los años ochenta y noventa, aunque buena parte de sus directrices ya se encuentran en el arte feminista de los años setenta. Martín Prada señala:

“El arte feminista incipiente en los años setenta supuso la introducción, en el pensamiento estético de la modernidad tardía, de una serie de actitudes que hoy podemos denominar ‘antimodernas’. De hecho, su pretensión de constituirse como un sistema de valores, forma de vida o estrategia de cambio social (...) iba unida a una insistente negación de la idea del progreso, de la que la mujer habría sido siempre excluida. Una compleja dialéctica que también afectaba a algunos de sus principios y fines fundamentales. Por ejemplo, la crítica al discurso histórico o la validación de formas artísticas no vinculadas a la alta cultura que el arte feminista de los setenta propuso y que podrían considerarse propuestas característicamente posmodernas” (Martín Prada, 2000).

Anteriormente a los años setenta, y aunque a nivel social o económico no se den las características pertinentes para referirnos a una sociedad posmoderna, muchas obras realizadas por mujeres artistas de las primeras décadas del siglo XX, poseen un carácter anticipatorio, - especialmente en aquellas mujeres artistas que adoptan en su sistema de representación la temática del cuerpo- y permiten hablar de una progresiva desestructuración en sus obras artísticas. Uno de los rasgos que apoyan esta idea es que las artistas intentan crear obras que deconstruyen las definiciones tradicionales relativas a la identidad y que encasillan a la mujer en el papel de objeto sexualizado, por tanto muchas obras reflejan distintas experiencias, múltiples visiones que producen nuevas subjetividades. Otra característica presente en muchas obras de este periodo es la utilización de formas artísticas no vinculadas a la alta cultura, aspecto éste último que desarrollarán las artistas de los años setenta. Se produce, asimismo, una nueva reflexión en torno al cuerpo junto con la posibilidad de modificar los límites que éste impone. Estas características serán visibles en algunas obras hechas por mujeres artistas, y sirva mencionar a modo de ejemplo los trabajos de Sonia Delaunay, Frida Kahlo, o Hannah Höch, al igual que muchas obras de artistas vinculadas al movimiento surrealista o al constructivismo ruso.

Estimamos que el análisis de la posmodernidad es el más adecuado y el que refleja mejor el panorama de las artes plásticas caracterizado, entre otros aspectos, por la variedad de códigos expresivos utilizados, así como de materiales y medios técnicos que lo componen. Muchas de las obras realizadas por las artistas conducen a nuevas reflexiones y propuestas ya que son obras que captan las desigualdades y los condicionantes sociales. La posmodernidad permite además su uso dual para describir rasgos de la creación plástica, por un lado, y características sociales y existenciales de las creadoras, por otro, haciendo así posible su amplitud semántica el uso de este concepto como noción puente que permita vincular ambos ámbitos de reflexión.

El desarrollo de nuevas manifestaciones artísticas permite la alianza con el pensamiento posmoderno en la tarea de hacer un discurso combativo en el que aparecen unidos la política, la estética, la economía, y la ética. Todo ello reflejo de una multiplicidad de tendencias existente en la sociedad de fin de siglo.

Referencias Bibliográficas.

- Amorós, C. 1997: *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y posmodernidad*. Madrid, Cátedra.
- Beck, U. 1997: *¿Qué es la globalización?* Barcelona, Paidós.
- Cao, M. 2000: *Creación Artística y mujeres, recuperar la memoria*. Madrid, Narcea.
- Dahrendorf, R. 1965: *Sociología de la industria y de la empresa*. México, F.C.E
- Echeverría, J. 1999: *Los señores del aire: Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona, Destino.
- Foster, H. 1985: *La posmodernidad*. Barcelona, Kairós.
- Friedman, G. 1958: *El trabajo desmenuzado*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Jameson, F. 1991: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona, Paidós.
- Lyotard, J. F. 1987: *La condición posmoderna*. Madrid, Cátedra.
- Martín Prada, J. L. 2000: Creación artística y mujeres, recuperar la memoria. En M. Cao (coord.): *Arte feminista y esencialismo* (págs. 147-149). Madrid, Narcea.
- McLuhan, M. 1998: *La galaxia de Gutenberg*. Barcelona, Círculo de lectores.
- Méndez, L. 2004: *Cuerpos sexuados y ficciones identitarias. Ideologías sexuales, deconstrucciones feministas y artes visuales*. Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer.
- Tros De Ilarduya, S. 2000: La postsublimidad. *Lápiz, Revista Internacional de Arte*, (163), 15-17.
- Vattimo, G. 1987: *El fin de la modernidad*. Barcelona, Península.
- Vattimo, G. 1989: *Más allá del sujeto*. Barcelona, Península.
- Watson, T, J. 1980: *Work and industry*. London, Routledge & Kegan.